



## CAPÍTULO XVI.

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR.

**G**ÓMEZ y el Pájaro tomaron la dirección de la cueva en donde estaba oculto D. Santiago, y no habían andado mucho, cuando vieron venir hacia ellos un ginete á paso apresurado.

—Mire Don.... dijo Gómez al Pájaro.

—Ha de ser el Chato.

—¡Adios! ¿Pues de qué color es el caballo?

—Es el alazán cuatralvo.

Y viene recio.



—Es que nos ha *devisado*.

Acortaron los ginetes el paso para no alejarse del punto en que debían reunirse con el Chato.

En efecto, á poco rato estaban juntos.

—¿Qué hay? preguntó el Pájaro.

—Que esta tarde pasa por las barrancas la familia de la hacienda grande.

—¿Vienen muchos?

—Son *hartitos*.

—¿Y armados?

—Traen sus pistolitas; pero casi todos son catrines de ¡ay mamá!

—¿Y Angulo?

—Ya estuvo con la galopina: dice que sólo ha visto dos rifles; pero que el catrín Castaños y el catrín Santibañez son pelones.

—¿Y los muchachos donde están? preguntó el Pájaro.

—Lo que es los míos, ahí *nomás* en la arboledita; pero á los otros, es necesario avisarles para que vayan llegando á la hora.

—¿Cuántos son por todos?

—Podremos ser como doce.

—¿Qué dice, D. Gómez?

—Que somos pocos.

—¡Adios de pocos!

—No ve que traen rifles.

—¡Pues usted sí que anda templando temprano!

—¡Yo, no: vamos!

—Ya sabe, amigote, que no hay que *rajarse*.

—Yo decía que podíamos dejar á don Santiago en la peña.

—¿Y si se va?

—¡Qué se ha de ir!

—Lo que es por esta noche, lo dejamos con uno que lo cuide.

—¡Eso es, para que el otro venga con nosotros, para que seamos siquiera trece! dijo Gómez, pensando en los rifles de los pasajeros.

—Oiga, don Gómez, dijo el tercer ginete, si viera que don Angulo me contó una cosa.

—¿Qué le contó, amigo?

—Pues dice, que anoche llegó una seño-



ra á la hacienda; pues... una pobre que venía caminando y que no la dejaban entrar.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? dijo Gómez con enfado.

—Yo no digo que tenga que ver, sinó como don Angulo el ratón, rasca por todas partes, me dijo: pues anda y dile á Gómez, que aquí está una señora, que le importa.

—¿A mí?

—Pues eso me dijo: dile que ya sabe que es de la que me ha contado.

—Qué contado, ni que...

—Pues usted hará lo que quiera.

—¿Y quién es ésa?

—Pues me dijo Angulo que una señora, y que estaba muy compadecido y que luego que la vió, dijo: Ay, si la viera don Gómez hasta *muina* le había de dar, de verla en ese estado.

—¡Adios!

—Por vida de usted.

—¿Pero no le dijo cómo se llama la señora?

—Salomé.

—¿Cómo? exclamó Gómez parándose ¿cómo dice que se llama?

—Pues doña Salomé.

—¡Pero hombre...

—Yo digo lo que me dijo don Angulo.

—¿Y usted la vió?

—Yo no, ya sabe usted que no bebo agua por la hacienda; pero lo que es don Angulo, hasta sabe que esa señora pobre y todo como es, creo que es amiga de la señora doña Refugio, la rica.

—Gómez lanzó una terrible imprecación, echándose para atrás su gran sombrero y se dirigió hacia el *Pájaro* para decirle.

—Oiga, amigo; aunque sea con cinco muchachos, pero buenos, les caemos esta tarde.

—¡Adios! mire qué valiente se ha puesto de repente.

—Sí, vale, y lo que es yo, no cojo nada de lo que llevan.

—¿No, pues qué?

—Nada más una mujer que viene con ellos.



—¡Adios! ¿y qué va hacer con otra mujer, pues no tiene tantas? usted si que.....

—No le hace, vale; yo me la llevo por que me pertenece.

Esto lo decía Gómez sin seguir caminando.

—Bueno: dijo el *Pájaro*, usted se la llevará, pero vamos á ver á don Santiago.

—No, vale; vaya usted á dejarlo seguro y á traerse al otro muchacho; yo aquí me quedo mientras llega la hora, porque lo que es esa mujer no se me escapa.

—Ande, vamos.

—No, amigo; yo me quedo y aquí nos vemos.

—Quiere decir que aquí nos juntamos á la tarde.

—Aquí lo espero, vale.

—Pues hasta luego.

José María Gómez arrendó su caballo hacia la montaña vecina, y el bandido que le había llevado la noticia de la aparición de Salomé lo siguió á corta distancia.

Caminaron así por espacio de una hora

sin que Gómez desplegara los labios ni se cuidara del que lo seguía.

Habían llegado á lo mas espeso de una arboleda que se levantaba al pié de una montaña.

El caballo de Gómez se paró allí como obedeciendo á una antigua costumbre.

—¿Pero, es cierto, vale, todo lo que me ha dicho? mire que estoy decidido á todo, á jugar la piel por juntarme con esa mujer.

El vale no contestó, y Gómez se quedó profundamente pensativo.

Diez años de recuerdos se agolpaban en su imaginación: se reproducían con una claridad inusitada y deslumbrante todas las escenas de aquellos amores que habían logrado hacer tan honda huella en el corazón de Gómez, y volvía á sentir las mismas inquietudes de otro tiempo, como si aquel periodo fuera estinguéndose á la viva luz de sus recuerdos.

Se echaba en cara en aquel momento haber sido omiso para buscar á Salomé; conocía que el haberla abandonado había sido



una acción infame, pero recordaba también los mil contratiempos, las prisiones que había sufrido y las mil peripecias de su vida fatigosa é inquieta, y todas estas contemplaciones y recuerdos le hacían probar una amargura profunda y desgarradora.

Pero la idea que más lo atormentaba y que le hacía desear la venida de la tarde, era la de figurarse á Salomé en poder de otro hombre: considerar que ya no le pertenecía y que tendría que arrancarla de otros brazos, lo hacía devorar el fuego de sus celos, reducido á una impotencia que lo entregaba á la desesperación.

Largo tiempo estuvo Gómez entregado á sus tristes pensamientos, hasta que, conociendo que se aproximaba la hora del asalto, salió de la arboleda para reunirse con sus compañeros.

De entre éstos hubo quien diera á Gómez noticias mas fidedignas y pormenorizadas acerca de Salomé; persona que había visto á los viajeros montar en los coches había dicho que la mujer á quien doña Refugio

había amparado, caminaba en uno de los últimos carruajes; de manera que Gómez eligió dos de entre sus *valedores* con objeto de atacar el convoy por la retaguardia.

Nuestros lectores saben ya el resultado de esta expedición.

Gómez, según su costumbre, se había dado valor por medio de libaciones repetidas, tanto mas frecuentes, cuanto que se trataba de un asunto de la mayor importancia.

Este procedimiento, si bien por una parte le proporcionó á Gómez toda la suma de valor que necesitaba para afrontar las balas de los pasajeros, le hizo por otra parte llegar á un momento en que, perdiendo la conciencia de sus acciones, creyó deber ponerse en salvo antes de que el caso así lo requiriera.

